

IRENE MELENDO MILLÁN\*

## EL SINGULAR COMO UNIVERSAL

Doscientos años después de su nacimiento aún queda mucho por decir sobre Søren Kierkegaard. Pero no pretendo ser original; prefiero respetar su deseo y centrarme en aquello por lo que él anhelaba ser recordado, en las palabras que quería que adornaran su tumba una vez muerto: «*den Enkelte*» (ese singular)<sup>1</sup>. Esta brevísima frase recoge el núcleo de su pensamiento y de su vida.

La categoría del «singular» reviste una importancia clave en la obra de Kierkegaard, hasta el punto de que puede considerarse como *su* categoría: aquella en la que reside la salvación de su tiempo, aquella cuyo intento de darla a conocer no cambiaría ni por todo un reino<sup>2</sup>, aquella a la que – según sus propias palabras – estaba ligada su posible importancia histórica<sup>3</sup>...

«El singular» es la categoría través de la cual, respecto de la religión, esta época, toda la historia, la raza humana, debe pasar. Y aquel que estaba en las Termópilas

---

\* Universidad de Sevilla.

<sup>1</sup> Así lo deja escrito en *Mi punto de vista*. Cf. *Om min Forfatter-Virksomhed*, en *SKS* 16, 97; tr. cast. de J.M. Velloso, *Mi punto de vista*, Sarpe, Madrid 1985, p. 171.

<sup>2</sup> Cf. *SKS* 16, 49; *ibi*, p. 94.

<sup>3</sup> Cf. NB4:1 [*Pap.* VIII 1 A 483], en *SKS* 20. Como la traducción al castellano de los *Papirer* es bastante deficiente e incompleta, he optado cuando ha sido necesario por traducir las citas yo misma, ayudándome también de las ediciones en inglés e italiano. Dejo aquí las referencias: tr. cast. de M.A. Bosco, *Diario íntimo*, Planeta, Barcelona 1993; tr. ingl. de H.V. Hong - E.H. Hong, *Søren Kierkegaard's Journals and Papers*, Indiana University Press, Bloomington - London 1967-1978; tr. it. de C. Fabro, *Diario*, Morcelliana, Brescia 1980-1983<sup>3</sup>.

no se hallaba tan seguro de su posición como yo, que defiendo este estrecho desfiladero «singular», con la intención, por lo menos, de que la gente se dé cuenta de él. Su deber era impedir que las huestes pasaran a través del desfiladero; si pasaban, estaba perdido. Mi misión, por lo menos, no me expone al peligro de parecer pisoteado, ya que mi misión era, como humilde criado (como he dicho desde un buen principio y he repetido muchas veces, «sin autoridad»), provocar, invitar si era posible, atraer a la mayoría a que pasara a través de este desfiladero de «el singular», a través del cual, sin embargo, nadie puede pasar sin antes haberse convertido en singular, ya que lo contrario es categóricamente imposible<sup>4</sup>.

Pero tampoco esta categoría se libra de las paradojas que, cual hilos de una trama, se entretajan en la obra y la vida de Kierkegaard. Basta una rápida lectura de las palabras que acabo de citar para advertir que parecen encerrar una contradicción. Pues, en un principio, términos como el de «raza» o «mayoría» – a la que Kierkegaard quiere atraer por ese desfiladero – se presentan a nuestro entendimiento como opuestos al de «individuo singular». La pregunta que se nos impone es: ¿puede, entonces, *den Enkelte* – el singular – tener un significado universal, hacerse extensivo a todos los hombres?

Kierkegaard está firmemente convencido de ello. Cada persona – ¡toda persona! – ha de atravesar ese paso, debe convertirse en singular. Pero no es algo que pueda realizarse como parte de un grupo, en masa: es una tarea que corresponde realizar a cada uno individualmente. De igual modo que todos los hombres y mujeres son llamados por Dios, no en conjunto, sino de forma personal, singular, con una vocación específica para cada uno. He ahí la clave. Y por lo mismo, la existencia de Kierkegaard, cuya misión fue devolver al singular la importancia que merece, goza de un alcance universal, en cuanto que se dirige *a cada uno de todos* los seres humanos.

Veámoslo.

### 1. *Toda persona es singular*

De todos es sabido que Kierkegaard dedica muchas de sus obras<sup>5</sup>, expresamente, «a mi lector» (*min Læser*), «a ese singular» (*hiin Enkelte*)... Y, más allá incluso del receptor de sus obras, la categoría del singular empapa el contenido y se muestra central en la mayoría de ellas. Pero no en todas tiene el mismo alcance, pues en las obras pseudónimas da al término «singular» un significado diferente del que tiene en las que firma con su nombre.

<sup>4</sup> SKS 16, 97; *Mi punto de vista*, pp. 170-171.

<sup>5</sup> Concretamente la mayoría de los que él denomina «discursos edificantes», que son, a mi entender, donde de modo más puro y directo expone su pensamiento.

En todos los trabajos firmados con seudónimo, este tema del «singular» se pone en evidencia de una forma o de otra; pero allí el singular es predominantemente el individuo preeminente en sentido estético, la persona distinguida, etc. En cada uno de mis trabajos edificantes, el tema del «singular» aparece, y lo más oficialmente posible; pero aquí lo individual es lo que cada hombre es o puede ser [...]. Pero este doble significado es precisamente la dialéctica del «singular». «El singular» puede significar al único y exclusivo, y el «singular» puede significar cada hombre<sup>6</sup>.

He aquí el doble sentido: el individuo como alguien excepcional, por encima de los demás y, consecuentemente, atribuible solo a unos pocos; o el individuo como lo que todo hombre puede y debe ser, como aquel que se hace consciente de su propia singularidad.

Tanto en su vida como en su obra, Kierkegaard sigue un camino que va del público al singular. Y en ese trayecto, dicha categoría va adquiriendo, conforme se acerca a lo religioso<sup>7</sup>, su sentido más propio, hasta despojarse de las connotaciones estéticas. Al repasar sus obras pseudónimas, se advierte que habla del individuo singular refiriéndose más bien al héroe, al genio, a la persona que por sus habilidades o acciones destaca por encima de las demás y «permite que los individuos subordinados se agrupen en torno al que los representa»<sup>8</sup>. En las religiosas, en cambio, deja muy claro que el verdadero *singular* es todo aquel que vive consciente de ser un individuo, consciente también de su eterna responsabilidad frente a Dios<sup>9</sup>.

Por lo tanto, ser un singular – en el sentido más profundo del término y con el significado preciso que Kierkegaard le otorga – no es algo reservado solo a unos pocos, sino, por el contrario, constitutivo de toda persona.

Constitutivo... y exclusivo. Kierkegaard sabía y afirmaba que toda la realidad, todo lo existente, es individual y particular, pues lo abstracto no existe más que en la mente<sup>10</sup>. Pero, dejando clara la individualidad de todos los existentes, precisaba también que no todos lo son del mismo modo, sino que esa individualidad varía según un más y un menos: hay diversos grados. Y la singularidad de la persona no es una más entre el resto de realidades; no es ni siquiera, cabría decir, un *primum inter pares*, un escalón más dentro de una gradación homogénea: la de la persona es una singularidad más excelsa

<sup>6</sup> SKS 16, 94-95; *Mi punto de vista*, p. 166.

<sup>7</sup> No estoy hablando en un sentido temporal, ya que las obras y la finalidad religiosas estuvieron presentes desde el principio de su producción escrita, como deja bien claro en *Mi punto de vista*.

<sup>8</sup> *En literair Anmeldelse*, en SKS 8, 85; tr. cast. de M. Svensson, *La época presente*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile 2001, p. 71.

<sup>9</sup> Cf. *Opbyggelige Taler i forskjellig Aand*, en SKS 8, 235; tr. cast. de L. Farré, *La pureza de corazón es querer una sola cosa*, La Aurora, Buenos Aires 1979, pp. 222-223.

<sup>10</sup> Cf. EE:127 [*Pap. II A 496*], en SKS 18 y NB14:150 [*Pap. X 2 A 328*], en SKS 22.

y en cierto modo distinta<sup>11</sup>. Y lo que hace que la singularidad de la persona sea diferente a la de las realidades infrapersonales<sup>12</sup> es lo mismo que garantiza que todo hombre, si quiere, sea un individuo singular.

Kierkegaard descubre que hay una proporción directa entre el grado de realidad, de ser, y el de singularidad. Paralelamente a la jerarquía en el ser que va desde la realidad inerte hasta la persona, se observa otra en la escala de la singularidad, desde el ejemplar o copia hasta *den Enkelte*. En esta segunda progresión, puede afirmarse que toda realidad personal es individual, pero no viceversa: no todo individuo es persona, singular en el sentido más preciso de la palabra. ¿Cuál es la causa? La singularidad de la persona es diferente a la de los seres no personales, porque también su realidad lo es: la persona es espiritual, y no puramente material<sup>13</sup>.

En *La enfermedad mortal* – que es quizá la obra donde con más claridad y detalle expone lo que entiende por ser hombre, espíritu –, dice Kierkegaard:

El hombre es espíritu. Más, ¿qué es el espíritu? El espíritu es el yo. Pero, ¿qué es el yo? El yo es una relación que se relaciona consigo misma, o dicho de otra manera: es lo que en la relación hace que esta se relacione consigo misma. El yo no es la relación, sino el hecho de que la relación se relacione consigo misma. El hombre es una síntesis de infinitud y finitud, de lo temporal y lo eterno, de libertad y necesidad, en una palabra: es una síntesis<sup>14</sup>.

<sup>11</sup> Para recalcar esto, Kierkegaard distingue entre *Exemplaret* (*ejemplar*) y *den Enkelte* (el *singular*). Ambos tipos lo son de individuos —todo lo que existe lo es—, pero con el primero se refiere a aquellos que son solo una copia o ejemplar de su especie, mientras que reserva el segundo término para la *persona*. Cf., por ejemplo, NB31:149 [*Pap.* XI 1 A 485], en *SKS* 26; NB16:21 [*Pap.* X 2 A 489], en *SKS* 23; NB30:90 [*Pap.* XI 1 A 272], en *SKS* 25; NB28:96 [*Pap.* XI 1 A 42], en *SKS* 25.

<sup>12</sup> Hasta tal punto que incluso la relación de la persona con su especie es distinta a la de las demás. Lo dice así Kierkegaard en *Mi punto de vista*: «Me he dedicado a expresar el pensamiento de que emplear la categoría “raza” para indicar lo que ha de ser el hombre y especialmente como señal de la más elevada adquisición, es un error y mero paganismo, porque la raza humana difiere de una raza animal no simplemente por la general superioridad como raza, sino por la característica *humana* de que todo individuo de la raza (no solo individuos distinguidos, sino todo individuo) es más que la raza» (*SKS* 16, 66-67; *Mi punto de vista*, p. 123).

<sup>13</sup> «Kierkegaard no nos deja muchos textos que traten del concepto de persona en sí mismo. En cambio aplica el adjetivo “personal” con suma facilidad. Y lo aplica tanto a Dios como al hombre. Es personal aquello dotado de espíritu. Dios es Espíritu luego es personal. El hombre participa de la espiritualidad, luego también es persona. El bruto, en cambio, es mera necesidad, solamente es materialidad, no es persona. El criterio de diferenciación es la categoría del espíritu» (F. TORRALBA, *Amor y diferencia. El misterio de Dios en Kierkegaard*, PPU, Barcelona 1993, p. 157).

<sup>14</sup> *Sydommen til Døden*, en *SKS* 11, 129; tr. cast. de D.G. Rivero, *La enfermedad mortal (o de la desesperación y el pecado)*, Guadarrama, Madrid 1969, p. 47.

Tras la complicada apariencia de estas afirmaciones, y después de varias lecturas, entiendo que Kierkegaard define al hombre como una síntesis, una *relación* de finitud e infinitud, de cuerpo y alma, de temporalidad y eternidad... Y el yo es lo que hace al hombre consciente de dicha relación, lo que le proporciona la conciencia de sí mismo, de esa síntesis, y le impele por tanto a buscar su propia perfección atendiendo más al segundo término de la relación – infinitud, eternidad, libertad...–, que es lo propiamente espiritual y lo que lo diferencia de los animales.

En las meras realidades materiales, no se da esa tensión entre cuerpo y espíritu, sino que todo conduce de manera predeterminada hacia la consecución del fin que les es propio: la conservación de la especie. Además, esto sucede de forma instintiva, mediante impulsos, sin ser conscientes ni de sí mismos ni de su fin: sin libertad, por tanto.

En cambio, la conciencia propiamente dicha – la intelectual – hace al hombre caer en la cuenta de sí mismo y de su necesidad de singularizarse y de mejorar mediante el uso libre y correcto de la inteligencia y la voluntad, que es lo que le distingue operativamente de aquellos que no poseen espíritu. Dicha conciencia es constitutiva del ser humano y le distingue de los que no lo son incluso aunque este no quiera o no pueda hacer uso de ella; pues, aunque se encuentre dormida, su posibilidad está siempre presente en todo hombre<sup>15</sup>.

Además de la conciencia, hay otras dos notas características del ser humano, propias del espíritu y que le hace superior a los animales y demás seres materiales, sobre las que Kierkegaard vuelve una y otra vez con insistencia. Son la eternidad y la trascendencia.

En el hombre se da una síntesis y una confrontación de lo temporal y lo eterno<sup>16</sup>: puesto que tiene cuerpo, materia, ha de vivir en el espacio y el tiempo; pero su alma espiritual es inmortal, tiene un ansia de eternidad que le incita a elevarse por encima de esos límites, un anhelo que cualquiera puede descubrir dentro de sí, aunque muchos prefieran no hacerle caso. Es precisamente porque conoce lo eterno, por lo que el hombre es consciente

<sup>15</sup> Cf. JJ:420 [*Pap.* VII 1 A 10], en SKS 18. Esta alusión de Kierkegaard a la conciencia dormida y a su posibilidad constitutiva deja a salvo la dignidad y la categoría de persona de aquellos que, por degeneración espiritual o por incapacidad física, no pueden ejercer el acto de la conciencia.

<sup>16</sup> «Lo que la época *necesita* en el más profundo sentido puede decirse total y completamente en una sola palabra: necesita... eternidad. La desdicha de nuestro tiempo es justamente esta, que se ha convertido simplemente en nada más que “tiempo”, lo temporal, que no tolera oír hablar de eternidad; y así (con las mejores intenciones o furiosamente) haría la eternidad totalmente superflua mediante una falsedad sagazmente planeada, la cual, sin embargo, en toda la eternidad, no tendrá éxito: porque cuanto más se cree uno capaz de vivir sin lo eterno, más siente la esencial necesidad de ello» (SKS 16, 84; *Mi punto de vista*, p. 147).

también de su temporalidad, y por eso mide el tiempo y advierte no solo el presente, el instante, sino también el pasado y el futuro.

Además, Kierkegaard está plenamente convencido de que la trascendencia es constitutiva de la existencia humana. Y lo explica añadiendo una segunda parte a la definición del hombre que nos da en *La enfermedad mortal*. Una relación que se relaciona consigo misma tiene que haberse puesto a sí misma o haber sido puesta por otro. Y puesto que el yo no se ha puesto a sí mismo, es necesario que haya sido puesto por Alguien. «Una relación así derivada y puesta es el yo del hombre; una relación que se relaciona consigo misma y que en tanto se relaciona consigo misma, está relacionándose a otro»<sup>17</sup>. Esa dependencia es la causa de que, para poder relacionarse consigo mismo, perfeccionarse y crecer, el yo deba relacionarse simultáneamente con aquel que ha puesto la relación<sup>18</sup>.

En el ser humano, por tanto, se dan dos polos: la tendencia propia del cuerpo que tira hacia abajo de nosotros animalizándonos, y la directriz del espíritu que nos eleva hacia Dios<sup>19</sup>. Es tarea del hombre, en primer lugar, darse cuenta de su espíritu y de que en él radica su grandeza<sup>20</sup>. Y, en segundo lugar, mediante un acto de su inteligencia y su voluntad libres, elegir vivir conforme a ello. Pues

no hay más que una vida desperdiciada, la del hombre que vivió toda su vida engañado por las alegrías o los cuidados de la vida; la del hombre que nunca se decidió con una decisión eterna a ser consciente en cuanto espíritu, en cuanto yo; o lo que es lo mismo, que nunca cayó en la cuenta ni sintió profundamente la impresión del hecho de la existencia de Dios y que «él», él mismo, su propio yo existía delante de este Dios<sup>21</sup>.

Todo hombre tiene la capacidad de vivir conforme a su espíritu, afirma Kierkegaard. No ocurre aquí como con los héroes griegos o el genio moderno

<sup>17</sup> SKS 11, 129; *La enfermedad mortal*, p. 48.

<sup>18</sup> «Precisamente esta última fórmula expresa la dependencia de la relación entera – la dependencia del yo –; expresa la imposibilidad de que el yo pueda alcanzar por sus propias fuerzas el equilibrio y el reposo, o permanecer en ellos, a no ser que mientras se relaciona consigo mismo, lo haga también respecto de aquello que ha puesto toda la relación» (SKS 11, 129-130; *ibidem*).

<sup>19</sup> Cf. NB34:8 [Pap. XI2 A 149], en SKS 26.

<sup>20</sup> En muchas ocasiones, los hombres buscan la grandeza terrenal, el honor, el éxito, sin darse cuenta de que lo realmente grandioso es ser espíritu. En palabras de Kierkegaard: «Los hombres, por muy vanidosos e infatuados que por otra parte sean, suelen formarse una idea muy pequeña acerca de sí mismos, es decir, que no tienen idea acerca de que son espíritu, que es lo absoluto que un hombre puede ser» (SKS 11, 158; *La enfermedad mortal*, p. 97).

<sup>21</sup> SKS 11, 142; *ibi*, p. 70.

– privilegio de unos pocos –, sino que es asequible a todos: es propio de *cualquier* hombre, de *todo* ser humano, poder comportarse como tal<sup>22</sup>. Lo cual nos remite a la otra cara de la moneda pues, junto a la maravillosa capacidad de cada persona para comportarse según lo propio del espíritu, figura asimismo la posibilidad de no hacerlo.

Efectivamente, puede el hombre – dejándose guiar por la ley animal del más fuerte – dirigir toda su atención únicamente hacia la fuerza física, despreciando el cultivo del espíritu por considerarlo una debilidad, y regocijarse con la conciencia de su fuerza bruta<sup>23</sup>. Puede hacer caso omiso de su espíritu y embrutecerse, demostrando entonces la verdad de aquel adagio latino: *corruptio optimi pessima*.

Pero dicha posibilidad demuestra a su vez la grandeza del hombre, pues el animal es lo que es, no logra ser mejor ni peor; en cambio el hombre sí tiene esa opción, precisamente porque es espíritu: «La posibilidad de esta enfermedad es la ventaja del hombre sobre el bruto, ventaja que nos caracteriza infinitamente más que la del andar vertical, ya que ella significa la infinita verticalidad o elevación que nos compete por el hecho de ser espíritu»<sup>24</sup>.

Es, por lo tanto, el hecho de ser espiritual y no puramente material lo que capacita a la persona para ser *den Enkelte*, un individuo singular y no un mero ejemplar de su especie. La espiritualidad es la cualidad más patente del singular; el singular es la determinación del espíritu, su categoría. Pues el espíritu es el yo del hombre, de cada hombre, diferente de los demás. Kierkegaard enuncia esto en más de un ocasión, con palabras similares. Afirma, por ejemplo, en sus *Papirer*: «El singular es para el hombre la determinación del espíritu, del ser hombre; la turba, el número, es la determinación de la animalidad»<sup>25</sup>. Y también: «La categoría del espíritu es: el individuo singular. La categoría animal es: el número, la masa»<sup>26</sup>.

Se use la expresión que se use, está claro que para Kierkegaard cada persona, puesto que es espíritu, es un individuo singular, la diferencia en sí. Por eso su mensaje – su vida misma –, no se dirige solo a unos pocos: es un llamamiento universal a todos los hombres y mujeres. Porque todos, por el hecho de ser persona, son singulares. Y cada uno de ellos – a solas consigo mismo – ha de caer en la cuenta de lo que implica dicha singularidad<sup>27</sup>.

<sup>22</sup> Cf. NB5:73 [*Pap.* IX A 76], en *SKS* 20.

<sup>23</sup> Cf. NB:56 [*Pap.* VII 1 A 168], en *SKS* 20.

<sup>24</sup> *SKS* 11, 130; *La enfermedad mortal*, p. 50.

<sup>25</sup> NB29:32 [*Pap.* XI 1 A 81], en *SKS* 25.

<sup>26</sup> NB31:41 [*Pap.* XI 1 A 370], en *SKS* 26. Cf. también NB23:216 [*Pap.* X 4 A 226], en *SKS* 24.

<sup>27</sup> Estas implicaciones, las consecuencias prácticas que se derivan de la realidad singularísima de la persona, son de vital importancia para Kierkegaard, pero no pueden ser tratadas en este artículo por falta de espacio.

## 2. *Ante Dios*

Decía Kierkegaard en su definición del hombre que este no se ha puesto a sí mismo, que no es él el origen de su espíritu. ¿Cuál es entonces ese origen? ¿Qué o Quién fundamenta su ser, su espiritualidad, su singularidad, que es lo que ahora nos atañe? La respuesta de Kierkegaard es clara y vibrante: Dios. El singular solo es posible *ante Dios*. Y esto es así porque es Él quien funda la libertad y la originalidad de cada hombre. El ser humano se va haciendo cada vez más singular, más él mismo, mediante su obrar libre, y el Dios creador es la condición de posibilidad de tal actuar autónomo. El hombre, con la ayuda de Dios, es capaz de salir del anonimato de la masa y convertirse en un individuo singular: esta es la convicción y la esperanza de Kierkegaard.

«Solo en parte el hombre debe su existencia al acto de la generación. Existe también un momento creativo que debe atribuirse a Dios», escribe<sup>28</sup>. Y en otra ocasión afirma también que es «un error pensar que el niño debe a sus padres la existencia *qua* espíritu»<sup>29</sup>. Kierkegaard no añade más, pero está implícito en sus palabras que, a diferencia de lo que ocurre con las realidades puramente materiales, que se transforman unas en otras, en la generación de cada hombre hay una intervención directa de Dios. Así, al ser cada hombre creado directamente por Dios, mediante un acto singular por el que se le dona el ser, queda radicalmente garantizada la diversidad de los seres humanos: cada uno de ellos es único y diferente.

Además, sin esa intervención de Dios, que pone a la persona en relación directa con Él, *delante* de Él, esta no podría ser nunca *den Enkelte*. Porque solo la omnipotencia creadora de Dios puede hacer al hombre singular, con valor en sí mismo y libre para ejercer dicha singularidad y fomentarla. Lo explica Collins:

La inmanencia de Dios en la creación queda asegurada, ciertamente, solo por Su perfección infinita, puesto que solo un ser en acto y de poder ilimitado puede ser efectivamente presente a los demás sin tender a desplazarlos o nulificarlos. La omnipresencia divina es creadora y generosa, y en el caso del hombre, es la condición misma, indispensable, para el uso de la libertad creada<sup>30</sup>.

Frente a todos aquellos que abogaban por la individualidad del hombre basándose en su supuesta autosuficiencia, Kierkegaard alza la voz claman-

<sup>28</sup> NB21:59 [*Pap.* X 3 A 501], en *SKS* 24.

<sup>29</sup> NB26:65 [*Pap.* X 4 A 617], en *SKS* 25.

<sup>30</sup> J. COLLINS, *El pensamiento de Kierkegaard*, tr. cast. de E. Landázuri, Fondo de Cultura Económica, México 1958, p. 268.



do: «¡No! El único que puede preservar la singularidad del hombre, el único que puede hacerle libre, es Dios». Y por tanto, solo podrá ser verdaderamente libre y singular aquel que reconozca la majestad de Dios y esté dispuesto a participar en el plan eterno que tiene para cada uno; aquel que se sepa delante de Dios.

Al contrario de lo que pueda parecer esta dependencia de Creador no empequeñece al hombre. Es más, lo engrandece. La gloria del hombre viene de que está hecho a imagen de Dios, de que es espiritual, afirma en uno de sus discursos<sup>31</sup>. Es precisamente el espíritu – que nos liga a Dios y nos hace depender de Él – lo que nos permite elevarnos por encima de los animales, lo que da alas a nuestra actuación mediante la libertad y permite forjar nuestro propio destino... lo que, en fin, hace al hombre capaz de lo más grande: situarse en solitario delante de Dios, entablar con Él una relación personal.

El que se sabe delante de Dios y se pone ante Él, dice Kierkegaard, toma nota entonces de su dignidad y su nobleza, pues solo Dios nos refleja ciertamente, ya que estamos hechos a su imagen. Y aquello ante lo que el yo es realmente él mismo es lo que nos da nuestra verdadera medida:

Un vaquero – si es que esto no es una imposibilidad – que no fuese más que un yo delante de sus vacas, sería indudablemente un yo muy inferior; y la cosa tampoco cambiaría mucho aunque se tratara de un monarca que solo fuese un yo frente a todo sus esclavos. Tanto el vaquero como el monarca absoluto carecerían en realidad de un yo, pues en ambos casos faltaba la auténtica medida. El niño que hasta ahora solamente ha tenido a los padres como medida, pronto será un hombre cuando tenga al Estado por medida. Pero, ¡qué rango infinito no adquiere el yo cuando Dios se convierte en medida suya! La medida del yo siempre es aquello ante lo cual precisamente el yo es lo que es cuanto yo, pero esto es a su vez la definición de «la medida». De la misma manera que no se pueden sumar más que cantidades del mismo orden, así también cualquier cosa es cualitativamente idéntica a aquella con que se mide<sup>32</sup>.

Por eso Kierkegaard reitera con férrea constancia que el individuo singular ha de situarse delante de Dios, hacerse consciente de que está ante Él y comportarse acorde a ello. «Nuestro yo individual y concreto solamente llega a ser un yo infinito mediante la conciencia de que existe delante de Dios»<sup>33</sup>. Eso es lo único imprescindible, llega a decir en un discurso: «la responsabilidad eterna de ser un individuo que sabe asumir la conciencia ante Dios»<sup>34</sup>.

<sup>31</sup> Cf. *Opbyggelige Taler i forskjellig Aand*, en SKS 8, 290; tr. cast. de D.G. Rivero, *Los lirios del campo y las aves del cielo*, Guadarrama, Madrid 1963, p. 80.

<sup>32</sup> SKS 11, 193; *La enfermedad mortal*, p. 156.

<sup>33</sup> SKS 11, 194; *ibi*, p. 158.

<sup>34</sup> SKS 8, 236; *La pureza de corazón es querer una sola cosa*, p. 225.

Exclusivamente hay uno solo que se conoce por completo, que en sí y por sí mismo sabe lo que es, y este es Dios; y Él también sabe lo que cada hombre es en sí mismo, ya que el hombre precisamente es sí mismo delante de Dios. El hombre que no lo sea delante de Dios, tampoco lo será en sí mismo, pues no se puede ser esto sino siéndolo en Aquel que es en sí y por sí mismo<sup>35</sup>.

El singular, pues, solo puede serlo ante Dios; un hombre solo llega a ser sí mismo delante de Él. Pero, a su vez, la condición para poder relacionarse con Dios es ser singular, ya que «Dios no existe más que para el singular»<sup>36</sup>. Dios no habla con la masa, con la especie<sup>37</sup> – ni viceversa –, sino con personas: cada individuo debe salir del anonimato para poder relacionarse con Él; es una relación de Tú a tú. Dios ha creado a cada persona independientemente, con un acto único por el que le da el ser, y se interesa por cada ser humano en concreto, infinitamente más que por el conjunto de la creación.

Si bien los hombres tendemos, en aras de la comodidad y el anonimato, a refugiarnos en la masa y escondernos entre la muchedumbre, Dios únicamente ve singulares<sup>38</sup>. Nos llama a cada uno personalmente, por nuestro nombre, de un modo único y distinto. Dios invita a todos los hombres a descansar en Él, pero dirige ese requerimiento a cada uno en particular, como singular. Y la respuesta también debe ser individual, pues no se puede llegar hasta Dios en grupo: la vereda es estrecha y ha de recorrerse en soledad, transitando cada uno su propio camino. «La verdadera llamada de Dios está dirigida siempre a una persona, al singular; precisamente ahí reside el rigor y el examen, en que aquel que es llamado debe permanecer solo, caminar solo, solo con Dios»<sup>39</sup>.

### 3. Conclusión

A Dios no le importa si una persona es lista o torpe, tímida o audaz, si es un grande de la tierra o uno de los humildes... Dios llama absolutamente a toda persona, a cada una; se dirige a ella de manera particular y directa, a la persona que es y no a la que querría ser o a aquella en la que, según los demás, debería convertirse. Y Kierkegaard, educado por Dios para ser instrumen-

<sup>35</sup> SKS 8, 152; *Los lirios del campo y las aves del cielo*, p. 151.

<sup>36</sup> NB33:57 [*Pap.* XI2 A 135], en SKS 26.

<sup>37</sup> Cf. NB16:21 [*Pap.* X2 A 489], en SKS 23.

<sup>38</sup> Cf. NB21:34 [*Pap.* X3 A 476], en SKS 24.

<sup>39</sup> NB23:11 [*Pap.* X4 A 11], en SKS 24.

to suyo<sup>40</sup>, anima a todos los hombres a transformarse en ese singular<sup>41</sup>, a situarse delante de Dios para poder alcanzar la plenitud que, como persona, le está reservada. Pero lo hace no solo con sus palabras, sino fundamentalmente con su vida, con su ejemplo.

Kierkegaard defendió siempre y con gran energía una concepción de la verdad que no fuera simplemente sabida o conocida, sino vivida: la verdad existencial. No perseguía una verdad que pudiera contemplar fríamente y como algo externo a sí mismo, sino una por la que vivir y morir, una verdad *para él*<sup>42</sup>, que le implicara personalmente, que pusiera en juego todo su ser. Y tal verdad hay que aprenderla por uno mismo, no basta con recibirla de los libros de texto o escucharla de labios de un maestro; no es algo que pueda venir de fuera, sin actividad y esfuerzo por nuestra parte. Hay que hacerla propia.

Como todo buen maestro, Kierkegaard fue primero discípulo. Y como tal, para aprender la verdad sobre la singularidad de la persona tuvo que hacerla suya, ser él mismo ese singular<sup>43</sup>. Solo así, habiéndolo hecho primero vida de su vida, podía luego – con sus acciones y sus escritos – tratar de enseñar al resto del mundo – pero de uno en uno, estableciendo un diálogo personal – la importancia de ser un individuo singular. Solo así, su vida y sus enseñanzas pudieron repercutir, entonces y ahora, en el alma de aquella persona que, en solitario, se vale de lo que él escribió para ponerse delante de Dios.

### *Abstract*

Kierkegaard himself states that his life's mission was to invite his contemporaries to become a single individual, to realize the importance this category has for a person. My question is: «may the call to the singularity have a universal meaning, may it be extended to all men and women?». The answer is yes. The cause is the spiritual condition of man, which allows him to stand in front of God.

*Keywords:* Kierkegaard, Singularity, Spirit, Person, *den Enkelte*, God, Responsibility

<sup>40</sup> Cf. NB:155 [*Pap.* VIII 1 A 43], en SKS 20.

<sup>41</sup> La distinción – también contenida en las obras de Kierkegaard – entre la singularidad de hecho que todo hombre posee por ser persona y la singularidad posible que cada uno debe alcanzar y aumentar mediante sus acciones libres daría para redactar uno o varios artículos más, por lo que me limitaré a mencionarlo, sin ahondar en ella.

<sup>42</sup> No en el sentido relativista, sino en el de una verdad que le interpelara directamente.

<sup>43</sup> Hablando de sí mismo, escribe: «es verdad que encontré también aquí, en la tierra, todo lo que buscaba. Él mismo era “ese singular” si no lo era nadie más, y se fue convirtiendo cada vez más en él. Servía a la causa del Cristianismo, y su vida, desde la infancia, estuvo maravillosamente preparada para ese servicio» (SKS 16, 75; *Mi punto de vista*, p. 140).

